





# LAS CÓRTESES

DE 1838,

POR

**DON EVARISTO SAN MIGUEL.**



MADRID, 8 noviembre 1838.

---

IMPRENTA DE D. MIGUEL DE BURGOS.

LAS CORTES

DE 1838

POR

DON EVARISTO SAN MIGUEL.



MADRID, 3 noviembre 1838.

IMPRESA DE D. MIGUEL DE BURGOS.

Hay en las naciones momentos críticos, situaciones graves, dias de prueba en que penden sus destinos de un hazar, de una vuelta de dado, de combinaciones que en tiempos ordinarios tal vez pasan por insignificantes. Entonces hasta los hombres menos tímidos viven devorados de inquietudes y vuelven los ojos con ansiedad desde el cuadro triste que ofrece lo presente hácia otro mas sombrío que se columbra en lo futuro. Entonces se apodera del corazon de todos el terror, la desconfianza; aqui el abatimiento, que pasivo se resigna á la ley de la necesidad; alli la desesperacion, que por ser mas activa, no es por lo regular menos síntoma de muerte. Si en semejante posicion se presenta en la escena politica una entidad de importancia y grande influencia; si esta máquina desorganizada y descompuesta recibe el aumento de una rueda que va á ejercer una grande accion en ella, redobla la crisis, y la salud ó la ruina estan en proporcion, mas cerca.

El lector no necesita que le diga que la nacion á quien aludo es nuestra España; y esta nueva entidad, esta nueva rueda ó resorte de accion, las Córtes, que habrán abierto su segunda legislatura en el momento que saldrá á luz aqueste escrito.

Enemigo de hacer pinturas tristes, de herir imaginations ya bastante conmovidas, no me detendré en describir el cuadro que ofrece nuestra patria hoy dia. Seria ademas un trabajo muy inútil. El estado de la nacion le conoce todo el mundo. De la situacion en que se halla su administracion, su política exterior, el órden público, no hay ninguno que no se halle penetrado. El cuadro de la guerra actual salta demasiado á los ojos de la nacion entera que lo sufre, de algunas provincias que son su teatro de predileccion, para que me detenga en reproducir sus tintas tan ter-

ribles. Quien gobierna á esta nacion, tambien se vé mas claro que la luz del dia.

Las Córtes tambien son conocidas ya del público. ¿Qué diré de ellas que no sea sabido? Ocho meses han estado en escena á la faz de la nacion entera, de todas las demas que fijan á veces sus ojos sobre España. Frescos están los recuerdos de sus discursos, de sus debates, de la discordia que las ha agitado, de las acriminaciones mútuas que tantas veces han resonado en sus salones, de las leyes que han hecho; sobre todo, de los votos de confianza que han terminado sus sesiones.

¿Verá el público con gran placer la apertura de esta segunda legislatura de las Córtes? No es natural, por lo poco útil que han hecho en la primera.

¿Excitará al contrario sentimientos de disgusto? Tampoco, y por dos causas: 1.<sup>a</sup>, porque es una novedad mas; y la novedad no desagrada nunca al público: 2.<sup>a</sup>, porque este público tal vez supone que la vista de los males que se sufren, y la perspectiva de otros mas que se temen, habrán abierto muchos ojos, y modificado muchas opiniones.

Sobre todo, son un grande asunto de curiosidad, y deben serlo. La reunion de estas Córtes ¿será una medida de salvacion para la patria? ¿Complicará al contrario la cuestion? ¿Crearán nuevos elementos de agitacion, de disgusto y de discordia? Pondrá las cosas en términos de que ya nos entendamos, de que la nacion no ofrezca mas que un caos?

Tal es el problema que van á resolver las Córtes; problema inmenso, que las debe hacer temblar si se penetran un poco de la situacion en que se encuentran ellas y la patria.

Lo presente es triste; mas como esto se encadena á lo pasado, es inevitable el volver un poco atrás, tomando las cosas desde lo mas cerca que me sea posible. Al recordarlas muy por mayor, no es mi ánimo excitar resentimientos, ni hablar á las pasiones. Harto hablan ellas para desgracia de todos cuantos toman interés en los negocios públicos. Mas hay llagas que es preciso tocar, por doloroso que esto sea.

En agosto de 1836 se verificó en España un movimiento

reaccionario, en el sentido llamado comunmente *progresista*. Que fué provocado en parte por las administraciones precedentes, no puede estar sujeto á duda. No hay mas que examinar la cadena de los acontecimientos de los dos años anteriores para convencerse de que esto se puede demostrar como las cosas se demuestran en política.

A pocos meses despues de realizado este movimiento, comenzó á prepararse otra reaccion en sentido opuesto á la primera. En ella influyeron hasta cierto punto las faltas y desaciertos de los que entonces mandaban. Tambien esto se puede conjeturar muy fácilmente. Las faltas en política, en administracion, sobre todo en tiempos de revueltas, son muy trascendentales. Pocas veces se tropieza, sin que siga inmediatamente una caida. Los sistemas que se llaman *liberales* ó *representativos* complican en el efecto la ciencia del gobierno.

Los síntomas de esta reaccion se manifestaron en varios periódicos, en conversaciones, en algunos discursos de la oposicion parlamentaria, de mil modos que no podian ocultarse á vistas un poco perspicaces. Se presentaron en fin de un modo nada equívoco en las elecciones mismas de las Córtes. El espíritu que dominó en ellas fué de desaprobacion, no hácia el ministerio de agosto, que ya habia cesado en sus funciones, sino hácia sus actos, su política, y sobre todo, hácia las Córtes constituyentes que todavía se hallaban legislando.

Para el público no era un misterio el órden de cosas que se preparaba. Esperaba, pues, unas Córtes borrascosas, desaprobadoras de la conducta de las anteriores. Todo el mundo contaba con que muchos de sus actos serian censurados, modificados y anulados; el espíritu de partido estaba en grande agitacion; y aunque no fuese mas que bajo este solo aspecto, eran un grande objeto de curiosidad las próximas sesiones.

No quedó el público defraudado de su expectativa. La mayoría de las Córtes se presentó con aquel ardor que se experimenta en la batalla, con toda la satisfaccion que produce una victoria, con la censura en los labios, con toda la importancia de hombres llamados á corregir insignes desaciertos. Se indicó esta propension en las mismas juntas pre-

paratorias; se manifestó en la formación de la mesa, donde no se guardó ningun sitio á los individuos que ya se consideraban como de oposicion y memoria; y no dejó ninguna duda á nadie que prestó un poco de atencion á los elocuentes discursos relativos á la contestacion al trono, que con tantos aplausos fueron escuchados. Elocuentes eran, y no se les puede negar esta justicia; mas se manifestaba el tono de reprobacion hasta en las frases de menos calor y movimiento. Las mismas tres palabras que hicieron tanto ruido, palabras tan dulces y hasta tan santas para todos los oídos, se recibieron como una censura, como una ágría reprobacion de cosas ya pasadas, de hombres que habian sido lanzados en cierto modo de la escena pública. Se quiso presentar en efecto la reunion de las Córtes, como el principio de una nueva época de vida y de salud para la patria; como una garantía de la *paz* por que tanto se anhelaba; del *orden* que se habia turbado varias veces; de la *justicia* que no era tan respetada como era deseable. Que estas especies vertidas en tono de programa excitasen aplausos y un sin número de simpatías, es muy natural: que una infinidad de hombres se uniesen de cuerpo y alma á un orden de cosas que tantas ventajas prometía, está en los sentimientos que á todo el mundo animan. La mayoría de las Córtes, preparada de antemano, recibió así en su seno inspiraciones nuevas con tanta elocuencia y saber comunicadas.

La guerra ofrecia entonces uno de los aspectos mas felices que habia presentado en todas épocas. Acababan de convertirse en humo las brillantes y halagüeñas ilusiones de D. Carlos: estaban ya deshechas sus combinaciones; pulverizados sus planes de conquista; convertidas en fuga sus expediciones por el interior del reino. Se habian vuelto á encerrar él y los suyos en Navarra y las Provincias Vascongadas; y Cabrera por otra parte con todas sus gavillas en las asperezas del bajo Aragon y el Maestrazgo. El espíritu público debia de estar animado con estas ventajas positivas; y si aun permanecía abatido, no podia ser culpa de la nacion, sino de los que la gobiernan. Nunca sin embargo se hicieron pinturas mas tristes de la guerra que á los principios de la anterior legislatura. La necesidad absoluta de

acudir á la cooperacion ó intervencion francesa para terminarla se produjo de un modo nada equívoco; y esta especie, que habia representado tanto papel en las elecciones anteriores, fué desde entonces la de moda y favorita. Como al ministerio que se consideraba mas á propósito para conseguirla se saludó con aplausos el del 5 de diciembre; y no envolvía esto una pequeña censura del ministerio anterior que no se ocupaba ó desdeñaba esta cooperacion, ó ser tal vez un obstáculo para conseguirla.

Uso aqui las voces de *cooperacion é intervencion* como sistemas, pues aunque todos saben que no lo son, en este caso se confunden. Seria en efecto una inocencia el creer que el rey de los franceses nos enviase cuarenta ó cincuenta mil hombres como meros auxiliares, sin estipulacion política, sin saber y contar con el fruto que podia sacar de tan considerable sacrificio.

¿Qué se dirá de la independendencia política de una nacion, donde uno de los grandes títulos de favor con que cuenta un ministerio que toma las riendas del poder, es la benevolencia de que se supone objeto con respecto al gabinete de la nacion vecina; donde uno de los mayores cargos que se pueden hacer al mismo ministerio es el no haber merecido esta benevolencia, tal vez el ser un obstáculo para que la nacion á cuyo frente se halla la consiga?

Que una nacion pequeña, mal situada, es decir, situada en la vecindad de otras poderosas, tiemble por su seguridad y adopte por sistema de su política exterior el conciliarse á toda costa la amistad de estos vecinos formidables, se concibe fácilmente; y asi debe ser, porque es la ley de la conservacion, la que aconseja dicha dependencia. Mas cuando se echan los ojos sobre cualquiera mapa de Europa y se ve poco mas ó menos en el mismo estado á una nacion grande, con 13 millones de habitantes, tan felizmente situada como la nuestra, sin mas fronteras en rigor que los Pirineos, pues Portugal no puede dejar ser nuestro amigo, á no ser que le provoquemos, no puede menos uno de pensar que pesa sobre nuestra España una especie de fatalidad, que solo adoptando este principio se explica y se concibe.

Esta propension á fijar siempre los ojos en los gabinetes

extranjeros; esta tendencia á implorar sus auxilios sin contar acaso con los propios que tenemos; este temor de desagradar á la nacion vecina; esta ansiedad por conciliarnos su favor; esta inquietud de buscar en lo que dicen, en lo que obran, en los discursos que pronuncian en las cámaras, en los periódicos que se ocupan de nosotros, motivos de alegría y de pesar, es una calamidad, una plaga nacional, un sentimiento que nos abate, que nos quita el de nuestra propia fuerza, que nos ha causado mucha desventura, que nos puede llevar al fin á nuestra ruina. Es un síntoma de servidumbre, de degradacion, hasta de muerte. Es acaso el mas feo borron con que nos presentaremos á las generaciones venideras.

De la nacion francesa soy mas amigo que enemigo, y no tengo motivo de abrigar diversos sentimientos. En su seno he vivido algunos años, y si no me han llevado allá sucesos prósperos, de ninguno tengo individualmente que quejarme. Mas cuando veo lo que podíamos ser y lo que somos, lo que nos hizo la naturaleza, y lo que nos hicieron nuestros gobernantes, no puedo menos de dolerme, lo mismo que haria un frances en iguales circunstancias.

En el siglo XVI bajo los reinados de Cárlos I y de Felipe II fuimos dos potencias rivales, debiendo añadir que la balanza de la victoria ó la fortuna se inclinó mas veces hácia nosotros que hácia ellos.

En el siglo siguiente continuamos siendo enemigos, con la diferencia de que ellos medraban y se engrandecian mientras decaíamos en la misma proporcion nosotros. Desde el principio del siguiente quedamos sujetos unos y otros á una misma dominacion, y *no hubo mas Pirineos* segun la expresion de Luis XIV.

Felipe V no fué en rigor mas que virey de aquel monarca. Despues de su muerte se emancipó mas de una vez del gefe de su casa; mas su corazon era frances, y en el pais donde habia nacido tenia puestos sus ojos y sus simpatías.

Sus sucesores le imitaron mas ó menos en sus sentimientos y política. La de Fernando VI fué del todo independiente, y esta circunstancia no da pequeño lustre á su memoria.

Cárlos III no se manifestó servil hácia la Francia, mas

demasiado adicto á los intereses de su casa. Sus guerras fueron todas imprudentes. Se empeñó á lo último en la de siete años, lo que acarreó la pérdida de la Habana, que recobró á la paz á costa de algunos sacrificios. Con doblez, con una imprudencia que no tiene ejemplo, se empeñó en la siguiente, que tenia por objeto la emancipacion del pais conocido con el nombre de Estados-Unidos en el dia. Cometió faltas; mas como era poderoso reinó con dignidad, y trató de igual á igual con amigos y enemigos. No habia bajado todavía la nacion española á la clase del segundo orden entre las de Europa.

Cárlos IV declaró la guerra á la república francesa, y concluyó con ser su aliado. Con el gefe del imperio conservó las mismas relaciones. Entre el fuerte y el débil ya se sabe lo que el nombre de *alianza* significa. Todos los sacrificios, por conservar esta amistad y alianza, fueron pocos. Napoleon queria un virey en España, mas un virey de su familia. Se destronó en efecto al antiguo, se puso el nuevo, y si no se cumplieron del todo las miras del grande hombre, no fué por falta de esfuerzos gigantescos. La nacion pensó de otro modo; mas, despues de haber hecho inmensos sacrificios por conquistar su propia independendencia, quedó á la paz reducida á un orden mas subalterno aun que en el último reinado: gracias á los que entonces gobernaban, que no sabian el gran partido que se podia sacar de una nacion con tanto triunfo entusiasmada.

Los Borbones restaurados ejercieron sobre nuestro gabinete el mismo ascendiente que los anteriores. Cuando en el año 1820 tuvimos un orden de cosas que podia contrariar en algo su política, entraron nuestros apuros, nuestras ansiedades, nuestra gran curiosidad de saber lo que decian, lo que pensaban los vecinos. En lugar de hacernos fuertes, de tomar una actitud imponente (y era lo único que podia salvarnos) tratamos de agradar, de hacernos bien quistos, de *atenuar nuestra culpa*, cuando al adoptar la Constitucion de 1812 habíamos cometido un pecado irremisible. Primero tuvimos un *cordón sanitario*: concluida la peste material, se aumentó para atajar la peste política, con el nombre de *ejército de observacion*. Los denuestos contra la España liberal llovian en sus cámaras, en sus periódicos, y el plan de

nuestra destruccion se desenvolvió entre nosotros mismos con mil géneros de intrigas. Nuestros inteligentes de entonces desearon con ardor, se afanaron porque se modificase nuestra Constitucion y se pusiese á la francesa; y se hizo de buen tono el declamar á todas horas contra su carácter democrático. Despues de la inutilidad de varias tentativas á mano armada, despues de haber preparado, minado el terreno, sembrado la discordia, y extraviado los ánimos á fuerza de desconfianzas y temores, se confió por fin la mision de acabar con nuestras libertades á cien mil hijos de San Luis, á quienes ayudaron entre nosotros otro número por lo menos igual de obcecados y de imprudentes, hombres todos que pasaban por gente á lo menos de alguna tintura de instruccion, que en estos planes, en estas intrigas, en este envío de los cien mil hombres no vieron otro designio que el de que tuviésemos una Carta á la francesa. Se sabe como despertaron de tan dulce sueño á los gritos feroces de la canalla desatada, que pedia venganzas, y en realidad las ejercia, de los que en los mismos púlpitos santificaban estos excesos que bautizaban de justos y permitidos desahogos. Y con estos gritos se abrian los calabozos, se erigian los cadalsos. Todos huían despavoridos buscando un pais extranjero, cualquiera rincon donde apoyasen con descanso su cabeza.

Esto es historia, é historia muy reciente. Todos lo hemos visto.

No sé, ni aunque lo supiese lo diria, cómo piensa Luis Felipe acerca de nosotros. Vemos grandes *simpatías* en los discursos del trono, en los discursos que se pronuncian en entrambas cámaras. En cuanto á auxilios tuvimos la legion de Argel, que era en cierto modo cosa nuestra, pues con nuestros colores nacionales ha combatido en nuestras filas. Los de Francia no se han visto en nuestro suelo. En sus fronteras habrá sin duda gran vigilancia para que por allí no lleguen auxilios á D. Carlos. Pasan sin embargo hombres, armas, municiones, pertrechos de todo género, y caballos. Hasta el refuerzo de una princesa acaba de recibir aquella corte, á quien nada falta para presentarse espléndida.

¿Cómo piensa Luis Felipe acerca de nosotros? Probablemente, como le aconseje su política. Donde está su interes, allí estarán sus *simpatías*. Es lo que se ha visto en todos

tiempos. Y nosotros ¿por qué nos habíamos de ocupar tanto de lo que piensan los extraños si pensásemos mas en nosotros mismos? ¿A qué buscar fuera lo que tenemos dentro de la propia casa? ¿La hemos registrado bien? ¿Nos hemos penetrado de que, siendo nuestra propia la cuestion, es para nosotros de un interes vital el terminarla por nosotros mismos?

¿En tanto apuro nos hallábamos en abril del año 1835 cuando se pidió esta cooperacion con tanto ahinco? La guerra estaba casi contraida á Navarra y las provincias Vascongadas. A excepcion de Estella, que se desocupó el 5 de mayo, no tenian nuestros enemigos un solo pueblo de consideracion en las provincias indicadas. Todas las otras de la monarquía obedecian á Isabel II. ¿Se habian agotado todos los recursos en hombres y en dinero? ¿No habia patriotismo nacional que excitar, ánimos que mover, sacrificios que pedir, y que el arte de los que gobiernan hace siempre fáciles? Si lo que ha costado la guerra en tantos años como dura se hubiese empleado bien entonces; si con buena voluntad, con decision, con valentía se hubiesen hecho y reclamado todos los esfuerzos que la necesidad de extirpar entonces este mal tan imperiosamente reclamaba, ¿hubiesen sido precisas estas peticiones? ¿Hubiéramos sido bastante imprudentes, bastante ajenos á la reflexion, al mismo simple buen sentido, para ocuparnos tanto de esta desdichada *intervencion*, para hacerla el resorte principal de nuestra política tanto dentro como fuera?

Y al fin, si todo se redujese á desconocer nuestras propias fuerzas, á poner toda nuestra confianza en las extrañas; si de extraviarnos asi viésemos efectos; si nuestra humillacion fuese algun tanto productiva, *pase*, mas ¿llamar á puertas que no se abren! ¿Pedir lo que tan repetidas veces se nos niega! ¿Reclamar el cumplimiento de un tratado que nos dicen que en todas sus partes se halla ya cumplido! ¿Qué significaba tan extraña obstinacion? ¿Era mera ceguedad? ¿No rayaba ya en demencia?

El último desengaño ha sido atroz. Despues de anuncios tan magníficos, despues de tan deliciosas ilusiones, despues de saludar con tanto aplauso al ministerio salvador que tanto favor disfrutaba con el gabinete de las Tullerías, vinieron las cámaras francesas á resolvernó el problema. Nunca se habló mas clara y netamente.

Para ilusion fué muy grande; para engaño harto pesado, y algo mas. Los que creyeron, no se acreditaron de avisados ni prudentes: los que hicieron creer lo que ellos mismos no creían, no sé el nombre que merecen. De todos modos extraviaron y trataron de extraviar el espíritu público de la manera mas lamentable y mas funesta.

Despues, ó casi al mismo tiempo que la especie de *intervencion*, se soltó la de *transaccion* como al descuido. Tambien hizo fortuna y encontró prosélitos, y muchos. No hay error que no quepa en la cabeza de los hombres. No sé de quién es el *credo quia absurdum*, mas era de un hombre que los conocia. ¡Transaccion! Como si en España se disputase la posesion de un mayorazgo; como si la cuestion no fuese de cosas, y sí tan solo de personas! ¡Transaccion! ¿En qué términos? ¿Pasamos nosotros á D. Cárlos, ó D. Cárlos á nosotros? Y bajo el nombre de D. Cárlos designo á su partido. ¡Entre dos cosas tan incompatibles una media! ¡Fusion de dos que se excluyen y repelen mutuamente!

Los artículos de la transaccion los están escribiendo el cura Merino, Balmaseda, Palillos, Orejita, Forcadell, y con mas particularidad Cabrera.

He tocado los dos puntos, las dos cuestiones principales que con motivo de la reunion de las Córtes en la legislatura anterior se suscitaron. De sus trabajos no hablaré, pues se hallan consignados en sus actas. En todos se manifestó un espíritu de ciega adhesion á los actos del ministerio, de censura á las cosas pasadas, de acusacion hácia los que estuvieron en las filas de la memoria. Si acertaron estos ó aquellos los hechos lo dicen, y contra lo que los hechos dicen no valen figuras de retórica.

La cuestion que hoy se presenta á las Córtes es clara, terminante y positiva. Las ilusiones que se produjeron en la legislatura anterior, desaparecieron. Si alguno se echa á dormir, que sea con su cuenta y riesgo.

Que en intervenciones ni en cosa que lo valga ya no hay que pensar, es público y sobrado evidente. Si tenemos alguna vez intervencion, no será *porque nosotros la pidamos*.

La especie de las transacciones es una quimera; no

porque esta sea buena ó sea mala, sino por la razon sencilla de que es imposible.

La consecuencia de todo es que con nuestros propios medios tenemos que continuar, y continuar con energía, para terminar pronto esta guerra atroz ya entrada en su sexto año: que tenemos que vencer á nuestros enemigos, si no queremos que acaben con nosotros; que la conclusion de esta guerra es ya cuestion de vida ó muerte.

La guerra va tomando un carácter atroz, sea por sistema de parte de nuestros enemigos, sea porque el hábito de la ferocidad convierte el hombre al fin en una fiera. Desde el levantamiento del sitio de Morella y la derrota de la division Pardiñas se han visto y oido por parte de nuestros enemigos muchos rasgos de crueldad, que no se conciben sin horror, que no tienen expresion de lengua alguna. Tan atroces atentados no pueden menos de provocar venganzas, sobre todo en los puntos donde hay prisioneros del partido de D. Carlos. La sangre en estas ocasiones pide sangre; es la lógica del pueblo. ¿Qué hacen en tal conflicto las autoridades? ¿Dictaran á sangre fria barbaridades parecidas á las de Cabrera? ¿Ajarán su autoridad dejándose arrastrar de los clamores populares? ¿Serán ellos mismos víctimas de la inflexibilidad de sus principios? En esta confusion de cosas ¿quién los guia?

Mientras tanto los ánimos se encienden: las acusaciones contra gobiernos que muestran lenidad hácia los partidarios de D. Carlos adquieren nueva fuerza: el odio contra los que han soltado las ideas y propagado la doctrina de las transacciones tan solemnemente desmentidas con estas nuevas atrocidades que estremecen, degenera en pugna abierta: las excisiones se fomentan; los lazos que unen las provincias al gobierno se relajan.

Y mientras en unas provincias se desencadena la voz pública pidiendo represalias contra estas infracciones tan horrendas de las leyes de la humanidad, sufren otras todas las irregularidades y desórdenes que son inherentes al sistema denominado *estado de guerra*, ó con mas propiedad de *dictadura en permanencia*. Aqui no son precisamente los facciosos, los carlistas, los que son el blanco de los rigores de la autoridad; son otros hombres acusados de anarquistas, de

revolucionarios, de enemigos del trono de Isabel II. Estos hombres sufren á placer del que manda toda especie de ajes y vejámenes; salen desterrados, van confinados, á presidio, á la Isla de los Pinos, donde gimen en la miseria separados de sus amigos y parientes, sin formación de causa, sin saber cuál es su delito, sin que nadie escuche sus clamores, sin ver ni aun en la mas lejana perspectiva el término á sus males. Y los que ejercen tan terrible, tan absoluta autoridad son hombres sujetos al error y á las pasiones, pertenecen á un partido, y oyen por precision á los que tienen venganzas que satisfacer, honores, empleos que adquirir, cuantos motivos pueden inducir al corazon humano á faltar á la justicia.

Y á estos males que produce la guerra civil, á estas arbitrariedades erigidas en sistema, en varias partes donde la guerra civil no se conoce, hay que añadir la miseria pública, la penuria de un tesoro que no satisface ni aun la mitad de las exigencias, de las necesidades urgentes del estado, la desesperacion, el abandono á que se hallan reducidos los que cobran sueldos del erario, la desconfianza que se va apoderando de los ánimos de todos; y esta ansiedad con que se dirigen los ojos hácia un porvenir que aun ofrece tintas mas negras todavía que el presente.

He aqui el cuadro que se ofrece á las Córtes reunidas. Cuadro triste, ¡mas no exagerado! Cuadro real y positivo donde hay que clavar la vista sin arredrarse, sin desmayar, por horrible que parezca. Una guerra que seguir y terminar, sino se quiere caer en un abismo; recursos que crear donde puedan ser habidos: amigos de la libertad y del trono de Isabel II, pero con distintas tintas que conciliar, para formar con ellos una falange contra nuestros formidables enemigos: desconfianzas que curar, esperanzas que restablecer; he aqui entre otras las principales necesidades de esta nacion, necesidades perentorias que hay que satisfacer, sin remedio, sin remedio.

¿De qué se trata? ¿De que la nacion se salve reunida en derredor del gobierno y las Córtes que contemplan como una bandera? ¿Que, perdidas todas las esperanzas en el gobierno; que, destruido enteramente el prestigio de las Córtes, se aconsejen los hombres con su desesperacion y busque cada

uno su salvacion del modo que lo entienda? Porque hay infinitos comprometidos por esta causa profundamente convencidos de la suerte que les espera en caso de que sucumban, y que estarán naturalmente resueltos á resistirse hasta el último suspiro, á vender su caida lo mas caro que les sea posible.

¿Gobiernan esta nacion hombres de tino, de saber, resueltos á todo, hombres conocidos y recomendables por su patriotismo, por sus antecedentes, por su moralidad, hombres bien recibidos en la opinion pública, considerados en ella como pilotos hábiles para dirigir la nave en mar tan tempestuoso? ¿Hombres bastante hábiles para hallar recursos, bastante populares para exigir nuevos sacrificios?

Véanlo las Córtes. No gobiernan ni administran; mas dan votos de aprobacion y de censura á los que gobiernan y administran. Examinan su conducta, les hacen cargos, les exigen la responsabilidad, y si es necesario los enjuician. ¿No gobiernan ni administran las Córtes! ¿Y quién puede gobernar y administrar sin su consentimiento?

Se ha dicho que las Córtes van á resolver un gran problema. Es una gran verdad, hasta un axioma. Si su reunion no causa grandes ilusiones, si el nombre de Córtes ha dejado de ser mágico, todavía para la generalidad es un objeto de respeto. Ocasion mas oportuna de conservarle, de aumentarle, de darle un gran realce, no puede ofrecérseles en ninguna circunstancia.

Con acusaciones, con declamaciones, con discursos de partido, adelantarán muy poco. Llamarán la atencion de un público curioso, que gusta siempre de grandes movimientos; mas no irán en derecho al grande objeto que los ha reunido en sus salones. Hartas escenas han dado de discordia, de animosidad, de intolerancia. Harto han alegrado á los enemigos del bien público viéndoles perder un tiempo precioso, y apresurarse despues á dar votos de confianza por no haber sabido aprovecharle. Vean bien el punto de partida y el punto á donde piensan dirigirse. Lo que es, es. Los discursos mas elocuentes de este mundo no podrán hacer que desaparezca la necesidad de hacer la guerra con teson, de dirigir la España por el camino de la libertad; y no hay mas senda para ella.

Concluiré con una sencilla reflexion repetida , mas no importa. En 1823 derribaron el edificio de nuestras libertades con el pretexto de reformar nuestra Constitucion poniéndola en consonancia con el derecho público de Francia. Jamas se expresó en semejantes términos aquel gabinete; mas se hizo creer á infinitos que eran tales sus ideas é intenciones. Conservamos nuestros grados , nuestros empleos , nuestras decoraciones , dijeron muchos: ¿qué nos importa que en la Constitucion haya un artículo de mas ó un artículo de menos? Y dejaron en seguida las armas de la mano como inútiles. El resultado de estos cálculos , de todos es sabido. Los buenos como los malos , los que habian pecado como uno ó como ciento , todos fueron envueltos en un mismo anatema; todos tuvieron que pasar por la prueba de purificaciones , sistema inmundo de inmoralidad capaz de degradar á un pueblo entero. ¿Será preciso repetir á todas horas lo que pasó ayer , lo que se halla todavía delante de los ojos?

¡Cuidado con que no nos suceda lo mismo con la funesta especie de las *transacciones*! Mas fácil era entonces cambiar artículos de la Constitucion que hacer hoy una amalgama de cosas que no son fundibles. El carlismo no transige. Postraciones quiere , y no convenios, De su posicion y circunstancias está mejor penetrado que nosotros. Bien sabe que el mando absoluto le es indispensable; que si no es omnipotente perece sin remedio. ¡Cuidado con no caer en los lazos que nos tienden , con no llamarnos por tercera vez á engaño , con no tener que gemir y que llorar cuando no tengamos ya remedio! No nos hagamos tantas veces la befa de las naciones cultas: no hagamos nuevamente decir de nosotros

*Quos vult perdere Jupiter , dementat.*

En fin , las Córtes españolas que van á reunirse , ó lo están ya cuando este escrito salga á luz , pueden hacer un gran bien á la nacion: pueden ser un desórden , un embarazo , un escándalo mas en esta confusion de cosas. La eleccion está en su mano.





ACTA DE LA  
ACADEMIA DE  
SAN SALVADOR

SANCHEZ

MEMORIA

CASO

DISCURSO

SAN MIGUEL

AS CORTES DE

1838

CACHERO

DOS

BIBLIOFILOS

IDEA

PUBLICACIONES

FIESTA

ESCOLAR

COYANA